

Marta, Cataluña en herencia

Llevo un poco más de un año en Barcelona y tengo el proyecto de hacer retratos de algunos barceloneses para presentar la ciudad a través de los ojos de sus habitantes, los que la viven cada día. Quería empezar con Marta.

Marta fue mi profesora de español cuando decidí hacer unos cursos intensivos para acelerar mi integración. Un día, en clase, después de una noticia, hablamos del tema de la independencia de Cataluña. La manera en la que nos contó la historia de su familia y las razones de su independentismo me emocionó porque, al escuchar, vi que hablaba con el corazón. Era evidente quería contar su historia.

Quedamos después de su trabajo. Cansada pero contenta de haber terminado su día, fuimos a un pequeño bar restaurante, cerca de la escuela de idiomas. Entre aromas de café y de conversaciones animadas, Marta empezó a contarme su historia.



Una familia catalana

Marta nació en Barcelona el 13 de abril de 1974, es dos años mayor que su hermana. Sus raíces familiares se encuentran en La Galera, un pequeño pueblo de 700 habitantes en el sur de Cataluña, en la región del Delta del Ebro. Como muchas familias de la época, sus padres se fueron del pueblo para probar suerte en la capital catalana, que entonces estaba creciendo mucho a nivel económico.

Llegados sin estudios a Barcelona, la pareja se instala en la Verneda, un barrio del distrito obrero de Sant Martí, donde los bloques de pisos brotaron como champiñones en los años 50 para acoger a la ola de inmigrantes. Solo entraba un sueldo en casa: el del padre, que trabajaba yendo a buscar productos para la tienda al mercado del Born; más tarde, en bodegas, hasta entrar en el sector de la banca como interventor. Los abuelos, como ambos trabajaban, ayudaron económicamente al hogar. En el caso de Marta, como en el de la sociedad española en general, su familia está muy unida. Un fenómeno que aumentó con la crisis de los últimos años.

Cuando Marta empezó la escuela, en la Barcelona post Franco¹, las clases de religión eran obligatorias y cuando un profesor entraba en clase, los alumnos tenían que levantarse de la silla, saludando al unísono: "Buenos días profesor". Los cursos de educación física y de gimnasia eran como ejercicios militares, Marta hace la demostración: el ritmo de las coreografías se marcaba con toques de silbato.



El pueblo de La Galera

¹ El dictador murió el 20 de noviembre de 1975.

Fue al instituto y conoció a su novio, Jesús, hijo de una familia andaluza. Los fines de semana y durante las vacaciones volvía al pueblo de sus orígenes con sus padres. Tiene el corazón dividido entre Barcelona, la ciudad de su vida, y su pequeño pueblo del Delta del Ebro. Estas idas y venidas regulares forjaron su identidad catalana y dieron lugar a su lucha de hoy.

Con el bachillerato en el bolsillo, entró en la universidad y eligió "Filología Catalana", el estudio de la lengua catalana. En el curso de sus estudios universitarios se puso a trabajar como profesora de castellano y catalán en una escuela de idiomas.



Paseo en bici con la familia por los Ports de Tortosa-Beseit

cerca del delta del Ebro

Echando una mirada atrás, la profesora destaca que, gracias al sistema educativo de aquella época, muchos niños de su generación pudieron evolucionar a nivel social. Hoy, tiene la suerte de hacer cosas que sus padres no se podían ni imaginar: salir cada fin de semana a cenar, ir al teatro, pasar un finde en la montaña e ir a esquiar...

Barcelona, ciudad alegre

Hace 16 años que Marta es profesora de castellano y catalán en Barcelona, una ciudad que no dejaría por nada en el mundo. "Barcelona es una ciudad muy cómoda y tiene el tamaño perfecto. Desde el centro puedes llegar a cualquier parte de la ciudad en menos de media hora. Y hay actividades para todos, es genial Barcelona para eso!". Este año, ha empezado a aprender a bailar swing.

Sin aquello de decir "era mejor antes", la barcelonesa reconoce que desde los Juegos Olímpicos de 1992 el turismo ha transformado la ciudad. Barcelona acogió a 8 millones de visitantes en 2014. Además de la subida desorbitada de los precios, lo que más sorprende a Marta es todas las cosas que están prohibiendo en todos los ámbitos. "Para mí es algo paradójico porque se supone que los turistas vienen a Barcelona porque es una ciudad libre; pero como cada vez hay más turistas, han ido poniendo más normas, control, policía. Antes en las discotecas, en los bares, en las terrazas, no había horarios. Cerraban cuando se iba la última persona. Hoy, cada tipo de lugar tiene horarios establecidos."

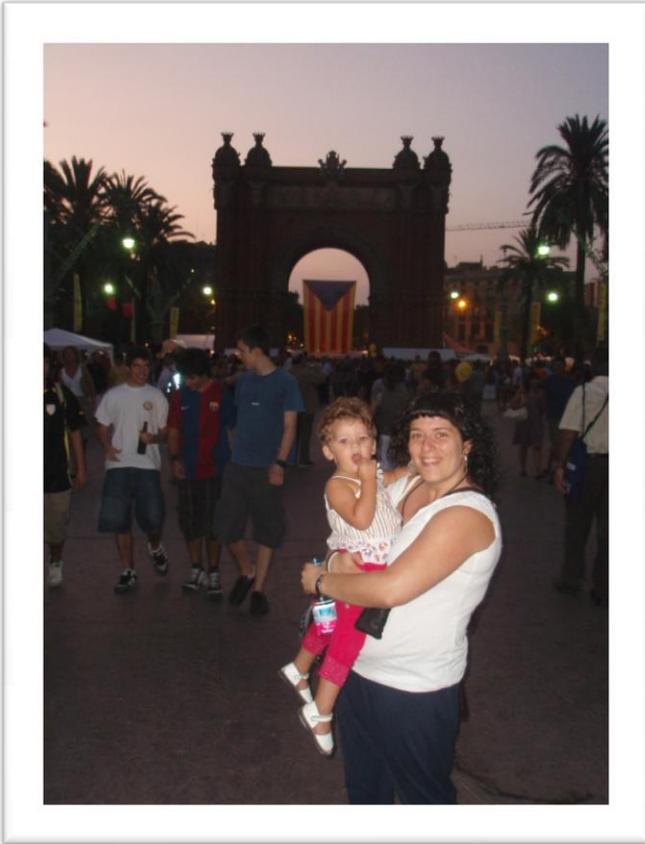
La ciudad "alegre" como dice Marta. Se ilumina el rostro de la catalana y sus ojos toman brillos azulados como si el mar, que le encanta, formase parte de ella. La playa, las bicis (que no había antes en la ciudad), el sol, la intensa vida en la calle, los niños, los abuelos, las diferentes nacionalidades y niveles sociales, los colores, los gays... Termina con una larga sonrisa.

Una ciudad variopinta con un aire especial del que los barceloneses siempre han estado orgullosos. "La gente está muy contenta de participar, de formar parte de la vida de aquí, y decir "yo soy de Barcelona" es un verdadero orgullo". Un orgullo que se extiende más allá de las fronteras de la ciudad.

Cataluña, una lucha que fluye por las venas

A la hora de tratar el tema de Cataluña en cuanto a su actualidad política, la mesa tiembla: "¡Sí! ¡Sí!" afirma Marta dando golpes en la mesa. Se refiere a su respuesta a la consulta del 9 de noviembre pasado sobre el estatuto que

reclaman los catalanes para su región : "¿Quiere que Cataluña sea un Estado? Sí. En caso afirmativo, ¿quiere que este Estado sea independiente? Sí."



Marta con su hija mayor, Martina, a la Diada de Cataluña

Como a muchos independentistas, le gustaría que los impuestos que paga sirvieran para mejorar la vida cotidiana de los catalanes. Un poco egoísta y no muy solidario, ella lo admite, pero "cuando estás pagando 300€ por una guardería mientras que en otras partes de España te cobran tan solo 80€ por el mismo servicio, el sentimiento independentista sigue su curso." Mucha gente nota que todo es más caro en Cataluña. "Por ejemplo, tenemos los mejores especialistas del país, entonces mucha gente de todas partes viene a visitarse aquí. Los servicios de limpieza de la ciudad también, ¿por qué están todo el día limpiando? Porque hay turismo y nos cuesta mucho. A lo mejor, si no hubiese tanto turismo, no necesitarían limpiar tanto."

El "Sí, Sí" de Marta va mucho más allá del tema económico. Cataluña fluye por sus venas, desde las raíces familiares hasta su vida cotidiana. No hizo estos estudios por casualidad. "Con la familia que tengo, era filología catalana. Punto" dice, pegando un puñetazo sobre la mesa. La universidad le permitió descubrir la riqueza de la cultura catalana. "*Tirant lo Blanc*² es una obra maestra de nuestra literatura, como *El Quijote*, pero no tuvo el mismo

éxito porque fue escrita en una lengua minoritaria" se lamenta. "Independencia también es un poco para dejar de ser una minoría."

Desde hace unos años, esta cultura salió a la luz gracias a la promoción turística de las tradiciones catalanas. Los "[castells](#)", por ejemplo, que se construyen durante fiestas, eran desconocidos hasta que pasan a formar parte de la marca Cataluña y son registrados en la lista de Patrimonio Mundial en 2010.

Lo más triste para Marta es que una parte de los catalanes no conoce bien su propia cultura. "Si miras las libretas de mi madre, de la época, es todo en castellano. Mi madre no sabe escribir en catalán, su lengua materna. Hay toda una generación que no estudió los clásicos."

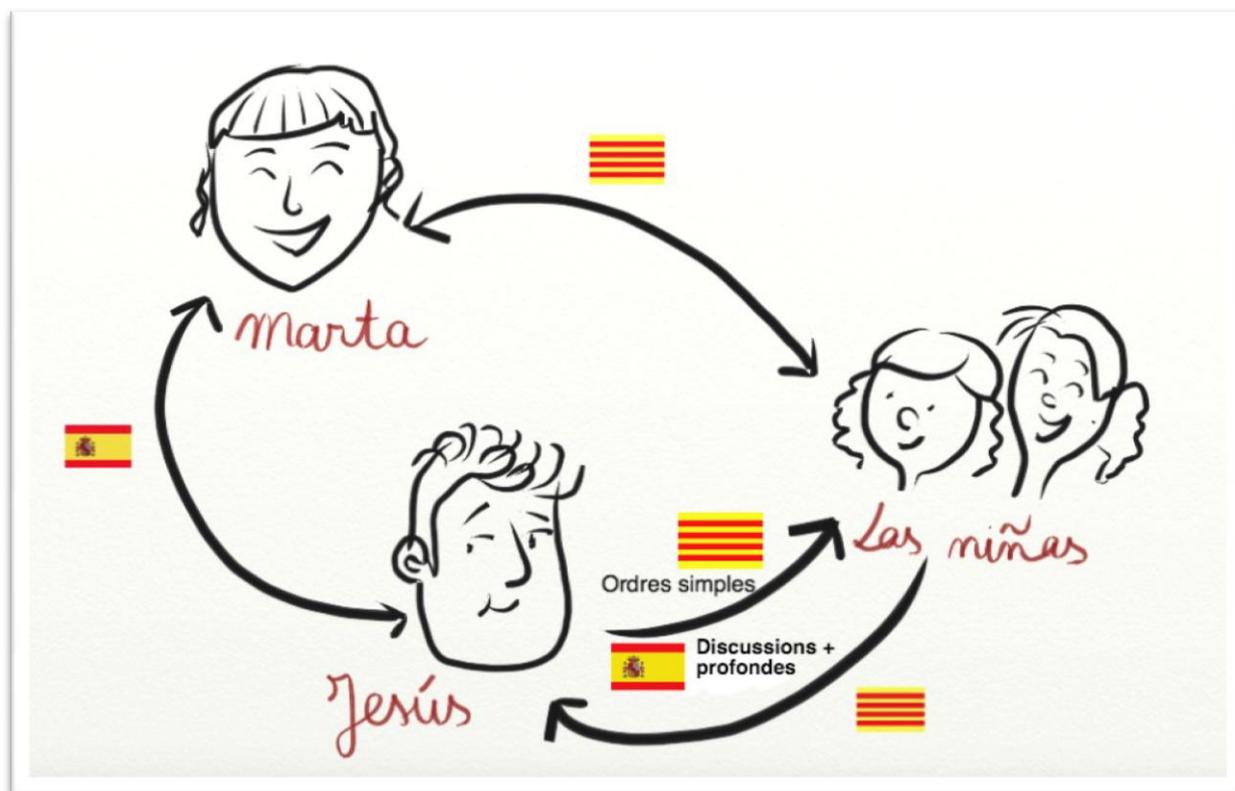
La lengua, instrumento de resistencia

"Cuando mis padres llegaron a Barcelona, en el barrio se hablaba español porque la mayoría de la gente venía de otras regiones de España. En la época de mis abuelos, era muy *guay* hablar castellano, quería decir que pertenecías a una familia de clase social alta. Pero para ellos era complicado. Lo entendían pero no sabían hablarlo. En una frase, por ejemplo, mi abuelo podía poner la mitad de las palabras en castellano de verdad y las otras era palabras castellanas a la catalana o directamente palabras catalanas. Había palabras en castellano que no las conocían."

Hoy, para Marta, preservar la lengua catalana es una apuesta por la supervivencia, y esto comienza dentro de casa. Su novio, Jesús, creció con el castellano como lengua materna. Se comunican en castellano, el idioma con el que se conocieron. Son padres de dos niñas, Martina y Lola, de 7 y 3 años. La mamá y las niñas hablan en catalán. Jesús da

² Joanot Martorell (1490)

instrucciones en catalán, una lengua que domina perfectamente; pero cuando habla con sus hijas de valores, sentimientos, utiliza el castellano. Las niñas responden en catalán.



El bilingüismo en casa

(Dibujo Anne-Laure Pineau)

Pero, desde hace algún tiempo, Marta está un poco preocupada. Se ha dado cuenta de que la mayor contestaba en castellano a su padre. "De cara al respeto es bueno, porque si se encuentra a alguien por la calle no hará eso de decir "¡no, a mi en catalán!" pero, por otro lado, con su padre ¡no tiene la necesidad de hacerlo !" se ríe Marta, golpeando la mesa.

El horror absoluto sería que las niñas se comunicasen entre ellas en castellano, como pasó en casa de sus primas. "Más tarde, las posibilidades de que se junten con alguien castellano-hablante son muchas; por eso, si a día de hoy abandonan el catalán como lengua materna, será la extinción. Y eso no me gustaría."

Su trabajo de profesora está lejos de ser ajeno a su lucha.■

Florence Siguret